



Modos de hacer la cerámica en el Gran Chaco Americano: caracterización de una colección etnográfica en base a su morfología y decoración

Ways to Make Pottery in the American Gran Chaco: Characterization of an Ethnographic Collection Based on its Morphology and Decoration.

*José A. Sanmillán**

Recibido: 26/11/2023 | Aceptado: 06/04/2024

Resumen

El abordaje del pasado a través de sus restos materiales, hace necesaria la implementación de una serie de herramientas teórico-metodológicas que permitan generar esquemas de ordenamiento en base a criterios mensurables. En el caso de la tecnología cerámica, se cuenta con una larga tradición de investigación por parte de la Arqueología del NOA, de la cual se desprenden conceptos y enfoques aplicables a nuevas problemáticas, tal como es el caso etnográfico. Hablar de culturas, estilos, modos de hacer, etc., remite inmediatamente a distintos momentos de producción de conocimiento sobre el pasado prehispánico, donde cada lineamiento define los aspectos a partir de los cuales construye su objeto de estudio.

En este artículo se busca analizar los modos de hacer involucrados en la producción cerámica del Gran Chaco americano, a través del estudio del conjunto etnográfico de la Colección Antonio Serrano de la Universidad Nacional de Salta (UNSa). Para ello, se llevó a cabo una caracterización de aspectos morfo-métricos y decorativos, a fin de realizar un primer agrupamiento de las piezas y una clasificación comparativa con información de trabajos etnográficos chaquenses producidos en el siglo XX. Esto permitió la identificación de algunas piezas y el acercamiento a sus contextos de producción, uso y significación.

Finalmente, se pretende evaluar la potencialidad que tiene el trabajo de revisión de colecciones e identificar los datos que se pueden obtener desde otro tipo de soportes, en este caso el uso de fuentes escritas y la información que nos ofrecen el pasado reciente y la actualidad del comportamiento material de los grupos indígenas del Gran Chaco.

Palabras claves: gran chaco, cerámica, modos de hacer, colección Serrano.

* Argentina. Tesista de la carrera de Antropología, Docente Auxiliar de Segunda Categoría de la asignatura Arqueología Americana. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta. E-mail: jassanmillan@gmail.com.

Abstract

The approach to the past through its material remains makes it necessary to implement a series of theoretical and methodological tools that allow us to generate ordering schemes based on measurable criteria. In the case of ceramic technology, there is a long tradition of research in NOA archaeology, which has given rise to concepts and approaches applicable to new problems, such as ethnography. To speak of cultures, styles, ways of doing things, etc., immediately refers to different moments in the production of knowledge about the pre-Hispanic past, where each line of research defines the aspects on the basis of which it constructs its object of study.

The aim of this article is to analyse the ways of doing involved in the ceramic production of the American Gran Chaco, through the study of the ethnographic collection of the Antonio Serrano Collection of the National University of Salta (UNSa). To this end, a characterisation of morphometric and decorative aspects was carried out, in order to make an initial grouping of the pieces and a comparative classification with information from ethnographic works from the Chaco produced in the 20th century. This allowed the identification of some pieces and an approach to their contexts of production, use and significance.

Finally, the aim is to evaluate the potential of the work of reviewing collections and to identify the data that can be obtained from other types of media, in this case the use of written sources and the information offered by the recent past and the present of the material behaviour of the indigenous groups of the Gran Chaco.

Key words: Gran Chaco, pottery, ways to make, Serrano collection.

Introducción

La Colección Antonio Serrano de la Universidad Nacional de Salta (UNSa), además de albergar objetos arqueológicos, cuenta con un grupo de piezas etnográficas, entre las cuales se identifican: textiles de fibra vegetal y animal; máscaras, instrumentos musicales y utensilios de madera; adornos con cuentas malacológicas; y recipientes cerámicos. En todos los casos, la información contextual se perdió totalmente durante la década de 1970, debido a la fragmentación y traspaso de la colección a distintas dependencias de la Universidad. En el año 2008, se inició con la recuperación, el acondicionamiento e inventariado de la totalidad del material.

En el caso del conjunto cerámico etnográfico, el mismo se compone de catorce piezas, pudiéndose deducir el dato de procedencia de cuatro en base al siglado sobre las mismas. Se cuenta con un recipiente cuyo posible origen correspondería al municipio de Aguaray. Ubicado al norte de la provincia de Salta, pertenece al departamento San Martín, y se emplaza en el borde occidental del Chaco semiárido, al límite con la ceja de selva pedemontana, cuya población indígena mayoritaria pertenece a la etnia chané. Los restantes tres recipientes, corresponderían a la localidad de Fortín Belgrano, denominación bajo la cual se identifican dos parajes cercanos uno de otro, aproximadamente a 2,8 km de distancia (lineal), en la franja central de la microrregión del Chaco semiárido. El primero, ubicado al oeste de la provincia de Chaco al límite con Salta, depende jurisdiccionalmente del municipio de Sauzalito, departamento Gral. Güemes, en la margen sur del río Bermejo. El segundo se ubica al este de la provincia de Salta, en el límite con la provincia

de Formosa, dependiente del municipio Coronel Juan Solá (Morillo), departamento de Rivadavia, sobre la margen norte del río Bermejo. En ambos casos, la población indígena mayoritaria pertenece a la etnia wichí (Figura 1 y 2).

Del resto, no se cuenta con datos sobre la procedencia, condiciones de recolección, grupo étnico al cual pertenecen, etc. El único criterio para su definición es la categoría de “Colección etnográfica UNSa”, incorporada por el Museo de Antropología de Salta, institución donde se albergan actualmente las piezas.

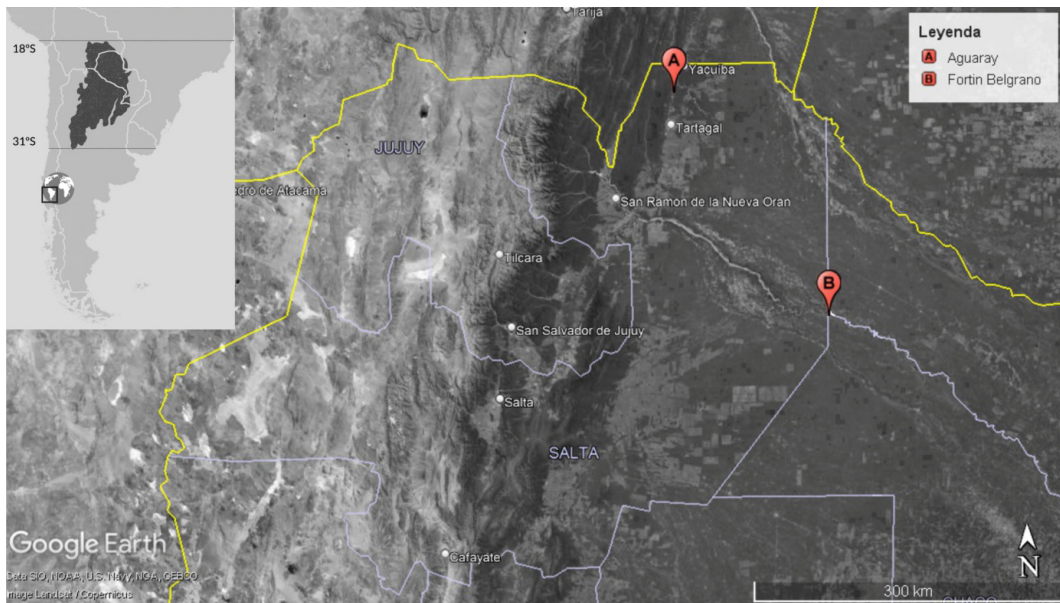


Figura 1. Ubicación geográfica de las localidades de Aguaray y Fortín Belgrano. Mapa miniatura del Gran Chaco, de la Fundación Vida Silvestre, Argentina.



Figura 2. Ubicación geográfica de las dos localidades bajo el nombre de Fortín Belgrano.

En su totalidad, el conjunto analizado muestra variabilidad en cuanto a morfología y decoración, sin embargo, en lo que respecta a dimensiones presenta una relativa estandarización. En base a la consulta de bibliografía etnográfica de principios y mediados del siglo XX, se pueden reconocer algunos elementos propios de expresiones plásticas asimilables a grupos de origen Arawak-chané y/o Tupi-guaraní, dentro de lo que los etnógrafos clásicos definen como “Cerámica Chiriguana” (Outes, 1909; Métraux, 1929). Por otro lado, se observan algunos recipientes que presentan características correlacionables con de la denominada “Alfarería Chaqueña” (Palavecino, 1944), de grupos pertenecientes a las familias lingüísticas Mataco-mataguayo y/o Guaycurú.

Antecedentes sobre el estudio de la cultura material del Gran Chaco americano

El interés por caracterizar la cultura material indígena del Gran Chaco americano, se remonta a los siglos XVIII y XIX, y responde fundamentalmente a fines eclesiásticos y militares (Paucke, 1749-1767; Baldrich, 1890). El esfuerzo de estos primeros observadores estuvo puesto en la producción de documentos de carácter descriptivo sobre la forma de vida de los grupos indígenas chaqueños, a fin de lograr un control sobre ellos. Posteriormente, a lo largo del siglo XX, la perspectiva de abordaje se desplazó hacia una visión científico-antropológica, cuyo fin no solo apuntó a dar cuenta del modo de vida de estos grupos por medio de su registro documental, sino además, a través de un soporte material que permita ilustrar su manera de vivir. Así, se dio lugar a un proceso de conformación de colecciones etnográficas orientadas a su estudio y exposición en distintos museos del país y del mundo. Algunos investigadores pusieron el ojo específicamente en la cerámica; realizando descripciones y clasificaciones sobre aspectos asociados a su producción, uso y significación (Palavecino, 1944; Outes, 1909; Métraux, 1929, 1930).

Para fines del siglo XX y las primeras dos décadas del siglo XXI, el análisis de objetos etnográficos chaqueños es más acotado y en todos los casos se retoman trabajos pioneros de principios y mediados del siglo XX. Las temáticas desarrolladas abarcan estudios sobre la alimentación y la materialidad asociada (Arenas, 2003; Rosso y Medrano, 2013); análisis sobre la producción textil, cerámica y objetos confeccionados en madera; procesos de cambio tecnológico e impacto de las relaciones interétnicas durante el contacto colonial, el avance del estado nacional; entre otros aportes (Montani, 2008, 2017; Alvarsson, 2012; Vidal, 2017, 2020).

Con el abordaje de este conjunto, se pretende hacer un acercamiento a los contextos de producción, uso y significación de la tecnología cerámica en el Gran Chaco americano, con el fin de realizar una primera aproximación a la posible filiación étnica de las piezas. De esta manera, se propone la coexistencia de al menos dos formas distintas de construir la identidad étnica en el conjunto, a través de la puesta en marcha de estrategias asociadas a modos de hacer distinto: uno, asimilable a elementos propios de grupos pertenecientes a las familias lingüísticas Mataco-mataguayo y Guaycurú y otro, de grupos que integran las familias lingüísticas Arawak y Tupi-guaraní.

Antecedentes sobre los estudios de la cerámica en la región del NOA

Gran parte de los lineamientos teórico-metodológicos de los cuales se parte, surgen desde dentro de las propuestas realizadas por la arqueología del NOA para el estudio detallado de las dinámicas sociales del pasado de la región. Estos se remontan a fines del siglo XIX y fundamentalmente a la primera mitad del siglo XX (Ambrosetti, 1896-1898, 1903, 1906; Lafone Quevedo, 1908; Dillenius, 1909; Boman y Greslebin, 1923; Debenedetti, 1931; González, 1950, 1956, 1960, 1965; Serrano 1958; Cigliano, 1960, 1966; Schobinger, 1983). Surge durante este periodo, la necesidad de unificar ciertos criterios con el fin de construir cuadros cronológicos de referencia para el ordenamiento de aquello que se presenta en el registro arqueológico. En una primera instancia, la definición de culturas y estilos, a partir de premisas Histórico-Culturales y Evolucionistas, permitieron reconocer las expresiones materiales de la constitución identitaria de los grupos prehispánicos estudiados (Scattolin, 2007). Así, la construcción de entidades culturales como “Candelaria”, “Ciénaga”, “Tafi”, “San Francisco”, “Aguada”, “Saujil”, “Alamito”, etc., asimilables a poblaciones correspondientes al primer milenio d. C.; o “Santa María”, “Belén”, “San José”, “Sanagasta”, etc., ubicadas temporalmente entre el 1000 y el 1450 d.C.; se corresponderían en todos los casos con ciertos patrones de asentamiento, organización política, actividades productivas, características demográficas y fundamentalmente formas de producir cultura material diagnósticamente reconocibles.

Dentro de estos trabajos pioneros, la definición de tipos y estilos cerámicos, les permite trazar un puente heurístico de conexión directa entre los modos de hacer una cerámica particular (con una morfología, dimensiones, pasta y sobre todo una iconografía específica), con las entidades culturales anteriormente definidas; dando origen así a las llamadas “culturas arqueológicas”. Surgen entonces, modelos fundados en principios establecidos por el difusionismo, que buscan dar cuenta del origen de ciertas expresiones artísticas para comprender el desarrollo local de las características representadas en la cerámica. Un ejemplo es el estilo Aguada del Periodo medio, correspondiente a la segunda parte del primer milenio d. C., dentro del cual reconocen algunos elementos de la calidad de su cerámica y aspectos decorativos que se asimilarían a motivos Tiwanaku (González, 1964, 1998; Scattolin, 2007).

Hacia la segunda parte del siglo XX, una vuelta de tuerca a estas propuestas a través de nuevas investigaciones y el ajuste de cronologías en base a dataciones radiocarbónicas, da lugar a la reformulación de ciertos conceptos a partir de los cuales se comprenden las dinámicas en el pasado prehispánico del NOA (González, 1960; Cigliano, 1966; Schobinger, 1983). Mientras que para el último decenio de este periodo, se pasa de una visión difusionista, a una comprensión local-regional de la cuestión. En este caso, se tienen en cuenta las múltiples direcciones en las que habrían circulado bienes e ideas, logrando establecer vinculaciones estilísticas entre distintas regiones; por ejemplo, entre la región valliserrana y el Chaco durante el Periodo medio (Pérez Gollán, 1991). Se amplía así la escala de análisis, con la propuesta de una ideología y una religión compartidas por toda la extensión desde el Titicaca a Catamarca (Scattolin, 2007).

Son entonces estas primeras discusiones y aportes los que siembran un complejo teórico-metodológico, que permite conformar la caja de herramientas a partir de la cual se llevan a cabo las interpretaciones arqueológicas en la región del NOA. Algunos preceptos

como el de cultura arqueológica cayeron en desuso; pero en otros casos como el concepto de estilo, fueron discutidos y reformulados incluso hoy desde perspectivas interpretativas, lo que daría lugar a una “personificación” del mismo.

Dentro del conjunto de trabajos asociados a la caracterización del pasado prehispánico del NOA, se logran identificar tres aportes en base al estudio de material cerámico alojado en el Museo de Antropología de Salta. El primero corresponde a Mamaní (2007), enfocado en el análisis de la Colección Vittone, procedente de Antofagasta de la Sierra. Entre otros artefactos, cuenta con un conjunto cerámico de 45 piezas completas, que analiza teniendo en cuenta criterios morfológicos, decorativos y características de la pasta; a partir de lo cual genera grupos, que compara con información existente de la región, a fin de contextualizar el material. Otro aporte es el de Mamaní y Castellanos (2020), abocado a la caracterización de las representaciones plásticas de ceramios provenientes del sitio Puesto de Sumalao (Salta), muestra a la cual se le suma una vasija completa corrugada de la Colección Peyret, alojada en el Museo. En este caso, proceden a la definición de grupos en torno a criterios macroscópicos, según el tratamiento de superficie, decoración, tipo de cocción y tipo de pasta. Esta información les permite generar una base, para discutir posibles vinculaciones con el sur del Valle de Lerma, Pampa Grande, Valle Calchaquí Medio, Quebrada del Toro, sur de Jujuy y norte de Chile.

Por último, Cardozo (2023) lleva a cabo un relevamiento de vasijas cerámicas (pucos y urnas funerarias) asociadas a la modalidad estilística local Santamariana Valle arriba del sur del Valle Calchaquí, correspondiente al Periodo de Desarrollos Regionales (siglos X a XV d.C.). Forman parte de su muestra piezas pertenecientes a distintas colecciones (públicas y privadas), dentro de la cual integra un conjunto alojado en el Museo de Antropología de Salta. En este trabajo, procede a la clasificación basada en criterios morfológicos y estilísticos, con el fin de indagar sobre los procesos de interacción social y producción local de la cerámica, acontecidos durante dicho periodo.

Se parte entonces de esta base para pasar a definir la red conceptual dentro de la cual se desarrolla el planteo aquí presentado. La aplicación de criterios analíticos sobre la muestra inicialmente definida se desprende de un desarrollo teórico-metodológico, surgido desde dentro de los estudios de la arqueología de la región del NOA. Esto constituye el puntapié inicial del presente trabajo, para el aporte a la investigación de la cerámica y las colecciones etnográficas del Gran Chaco.

La tecnología, el estilo y el *savoir-faire*: Los modos de hacer

Para el estudio de la cerámica se parte de la noción de tecnología definida por Lemonnier (1989, 1992) desarrollada por Gramajo Bühler y García Roselló (2020), quienes la conciben como un conjunto de conocimientos abocados a la producción de bienes socialmente valiosos, donde no es en sí simplemente un medio a través del cual la sociedad se vincula con el ambiente físico, sino que debe concebirse como sistemas integrados dentro de la estructura social en la cual se desarrollan. Es decir, que el proceso de producción cerámica es la expresión material de un conjunto de conocimientos que se gestan, reproducen y transmiten tradicionalmente en el seno de una unidad colectiva; en donde se incorpora toda una gama elementos asociados a la esfera social y simbólica de la sociedad que los practica.

Sin embargo, para comprender de qué manera se logran desarrollar estos esquemas que dan lugar a la cohesión social expresada en términos materiales, será necesario explorar qué es lo que moviliza la unidad mínima de la sociedad, el individuo, a reproducir estos esquemas socialmente establecidos; y que alcances tiene este tipo de análisis para evaluar posibles procesos de identificación étnica en la materialidad. Para ello se incorpora el factor decisión dentro de este complejo proceso, es decir, aquel conjunto de normas dentro de las cuales se mueve el individuo que produce, en que se apoya al momento de la ejecución, hasta donde se extiende la subjetividad y si se trata en última instancia de un proceso de objetivación.

Como se dijo anteriormente, la arqueología se encargó de caracterizar este fenómeno a través de la definición de estilos, como recursos teórico-metodológicos abocados a la interpretación de las evidencias materiales y su ordenamiento en el marco de una matriz espacio-temporal, para la lectura de aquello que se presenta en el registro arqueológico. Desde una perspectiva Histórico-Cultural, a través de la definición de culturas, fases y etapas, dicho lineamiento, buscó establecer una correlación directa entre elementos expresados por la materialidad y aspectos asociados a la etnicidad de los grupos que la produjeron. Al ver los procesos sociohistóricos como fenómenos discretos apelaban por ejemplo al uso de propuestas difusionistas para dar explicación acerca de la distribución y circulación material en un determinado espacio y tiempo. Así, culturas y estilos se equipararon *ipso facto* estableciendo lazos unívocos entre una cultura arqueológica y un grupo étnico (Scattolin, 2007).

Visiones alternativas del concepto de estilo a su acepción Histórico-Cultural, son las de Sackett (1977) y Hodder (1990). El primer autor desarrolla una serie de premisas para comprender lo que implica el estilo; lo comprende como una manera altamente específica de hacer algo en un tiempo y espacio determinado, el cual no puede llegar a comprenderse de manera acabada sin tener que lidiar con la función del objeto en cuestión. La pieza, como soporte físico se hace eco de una voz activa que connota función y una voz pasiva que connota estilo, por lo cual, expresado en términos arqueológicos, el objeto se entiende en términos de su valor diagnóstico, para especificar un contexto histórico particular. Esta manera altamente específica de hacer algo en un tiempo y espacio determinados, solo se comprende en el marco de una serie de medios alternativos para la realización de ese algo, donde una sociedad debe elegir uno solo de ellos. De aquí que únicamente el azar podría llegar a determinar la adopción de las mismas elecciones entre dos sociedades sin ningún tipo de vinculación (Sackett, 1977).

Por su parte, Hodder ve el estilo como un fenómeno interpretativo, el cual representa una “forma de hacer”, que incluye modos de pensar, sentir y ser dentro de una sociedad. Esto llevaría a imaginar que un acto individual puede llegar a no tener estilo. Sin embargo, hasta una acción comprendida en el plano de lo subjetivo debe realizarse de una cierta forma en donde se reproducen patrones de comportamiento establecidos en el marco de lo social. Es entonces el estilo, una propiedad relacional que motiva la reflexión acerca del vínculo entre lo particular y lo general; una propiedad interpretativa de todos los eventos, que se puede definir como “...la remisión de un evento individual a una forma de hacer general” (Hodder, 1990:46). Por lo cual, la existencia del estilo se expresa en referencia a otros eventos: es la interpretación subjetiva a la luz de otros eventos. El marco en el que se mueve el individuo cobra vigencia mediante el proceso hermenéutico de los elementos

que circulan dentro de los lindes de una unidad colectiva históricamente anclada en un espacio y tiempo dados.

Una definición integral de estilo, es la propuesta de Scattolin, quien en la crítica a la visión Histórico-Cultural, afirma lo siguiente:

Creo que los estilos –al no ser entidades- se pueden examinar como agregados plásticos, iconográficos, formales y técnicos a los que se puede apelar para conformar objetos de cultura material según las posiciones, habilidades, disposiciones, hábitos, tradiciones y estrategias sociales particulares de los productores involucrados durante el curso de una trayectoria temporal. El estilo, en este marco, se entiende como un conjunto de hábitos, prácticas y capacidades encarnadas. (Scattolin, 2007: 249-250)

El estilo es visto entonces, como aquello que precede a lo material y se distribuye de forma diferencial en el seno de la sociedad. De aquí, que al ser visto como diferencial y plantearse en términos de conjunto, el estilo puede comprenderse como recurso(s), en el que la idea de homogeneidad no llega a cubrir las expectativas de una definición abarcativa, y donde la consideración de las “desviaciones” identificadas en por ejemplo “objetos inclasificables” da la pauta de la conmensurabilidad de dicha acepción (Scattolin, 2007).

Si se toma en cuenta los elementos comunes en estas definiciones de estilo, debe considerarse la importancia que se le presta al modo de hacer, como parte de un sistema donde se construyen y comparten ideas, información, sentidos y significados, materializados en distintos soportes. Son los restos de esos soportes, lo que en la mayoría de los casos queda representado en el registro arqueológico como evidencia de las relaciones sociales que los subyacen. Desde la corriente francesa de la Antropología de las Técnicas, el concepto de *savoir-faire* da cuenta de ello: “...también denominado conocimiento operacional y secuencial, es el producto de las representaciones mentales y de las acciones que se están realizando sobre la materia” (García Roselló y Calvo Trías, 2013:20). La acción sobre la materia puede englobar desde algunos gestos técnicos a secuencias de fabricación completas, en donde los artesanos dan cuenta de los procesos de aprendizaje y esquemas mentales compartidos y transmitidos generacionalmente de forma tradicional (Gramajo Bühler y García Roselló, 2020). Interviene en este proceso, un conjunto de elecciones u opciones tecnológicas seguidas por el individuo; una amplia gama de posibles vías tecnológicas, de las cuales las sociedades se apoderan. A partir de la conceptualización de estas elecciones u opciones, se invita por un lado a explorar el papel que juegan los factores técnicos y funcionales de los sistemas tecnológicos y, por otro, comprender de que manera influyen los esquemas culturales y simbólicos en los procesos de toma de decisión por la elección de uno u otro factor técnico (Lemonnier, 1993). Desde esta perspectiva, el foco de ¿Qué es lo que se está representando? y ¿Sobre qué? se vuelca hacia el ¿Cómo se está representado? y ¿Cómo se fabrica o acondiciona aquello sobre lo que se representa? Para el caso de la tecnología cerámica entonces, interesa documentar aquellas marcas que quedan plasmadas sobre los soportes, que dan cuenta de todos los procesos técnicos involucrados en la producción de una pieza. Procesos, que como se afirmó anteriormente se construyen y transmiten en el seno de una sociedad.

En este trabajo entonces, a partir de la definición desarrollada por Gramajo Bühler y García Roselló (2020) de la tecnología cerámica, se va a hacer referencia con la categoría modos de hacer, en la línea del estilo como recurso (Scattolin, 2007), a los rasgos estilísticos y tecnológicos observables en el recipiente cerámico, que involucran la función establecida en base a la forma; lo representado mediante la iconografía y la morfología (ya que en muchos casos la conjunción de ambas juegan el papel de la representación) y los procesos tecnológicos observables. Con esto, se considera que los rasgos que se puedan aislar mediante la definición en términos de variables de estos agregados, ayudan a identificar distintos modos de hacer implicados. Lo cual da la pauta de las elecciones e interpretaciones de los individuos en base a los esquemas socialmente construidos en los procesos de producción, uso y significación de la cerámica en el Gran Chaco americano a lo largo del siglo XX.

Materiales y métodos

El conjunto analizado se compone de un total de N=14 piezas completas, con y sin decoración. Como se dijo anteriormente, la información contextual de recolección es prácticamente nula y se cuenta únicamente con los datos de procedencia de 4 recipientes; dato que permitió en primera instancia identificar algunos elementos comparables al resto del conjunto. El primer caso, se trata de un vaso doble pintado y pulido, compuesto de dos cuerpos simétricos restringidos independientes, de forma globular, unidos por un segmento y un asa cinta en posición puente; asimilable a un yerbero/azucarero, proveniente del municipio de Aguaray al norte de la provincia de Salta (Figura 7c). El segundo caso, se trata de un botellón de cuerpo globular, cuello cilíndrico estrecho y corto con una hendidura en el ecuador y dos asas mamelonares en posición vertical, por cuyos orificios atraviesa una cuerda de fibra vegetal (Figura 5a); una botella de cuerpo subglobular, cuello cilíndrico estrecho y largo, cuya superficie presenta una base de pintura blanca, sobre la cual se representaron motivos pintados en color rojo de líneas ondulantes y una línea que contornea la zona cercana al borde (Figura 5b). La tercera pieza, se trata de un vaso restringido independiente, de forma elipsoidal horizontal, cuello recto y un borde de labio dentado. En estos últimos tres casos, el dato de procedencia es Fortín Belgrano.

Otro tipo de fuentes consultadas para la identificación de elementos representados en las piezas, fueron etnografías de principios y mediados del siglo XX y obras antropológicas más tardías, con el fin de obtener información que brinde cualquier tipo de dato asociado a la producción, uso y significación de la tecnología cerámica entre los grupos del Gran Chaco. La producción de bibliografía etnográfica de esta región y su alto grado descriptivo, permitió no solo complementar de forma ilustrativa el análisis llevado a cabo, sino también realizar una comparación entre los resultados obtenidos del procesamiento de la colección y las descripciones que ofrecen los distintos autores, a fin de identificar algunas piezas y estimar su posible procedencia étnica. Aquí se reconocen los aportes de distintos etnógrafos y antropólogos especializados en la región del Gran Chaco americano como Von Rossen (1903), Outes (1909), Nordenskiöld (1912), Métraux (1929, 1946), Palavecino (1944), Arenas (2003), Montani (2008, 2017), Alvarsson (2012), entre otros.

Con respecto a la metodología empleada, a ojo desnudo se procedió a definir y registrar características morfo-métricas y aspectos decorativos formales siguiendo la estructura de “Normas para la descripción de tipos cerámicos” de la 1ª Convención Nacional de Antropología (1966). Con el fin de reconocer los distintos modos de hacer representados bajo estos aspectos, se documentaron elementos relacionados a la forma mediante la identificación de puntos característicos (Sheppard, 1963); relación forma-función (Balfet et al., 1992), dimensiones en centímetros, tipos de decoración, motivos, tratamientos de superficie, elementos adosados (asas y/o apéndices) y atmósfera de cocción. Estos ítems se definieron como variables, y la información se volcó sobre fichas RENYCOA-INAPL; lo que permitió identificar aspectos representados en el conjunto con el fin de hacer comparaciones con las descripciones de los casos etnográficos citados.

Resultados

Dentro del conjunto analizado, se lograron identificar seis categorías morfo-funcionales definidas como: Jarra, Olla, Botella/Botellón, Jarrón, Vaso y Vaso doble (Balfet et al., 1992). En general la distribución fue equitativa, salvo la categoría Botella/Botellón, ítem que acumuló la mayoría de los casos (35,7%), doblando incluso el índice de representatividad con respecto a los demás tipos de recipiente (Figura 3). Se observó además, una ausencia de piezas abiertas o no restringidas, y una marcada acumulación en la categoría de contornos restringidos independientes (85,7%), mientras que el resto (14,3%) corresponde a siluetas restringidas simples (Tabla 1).

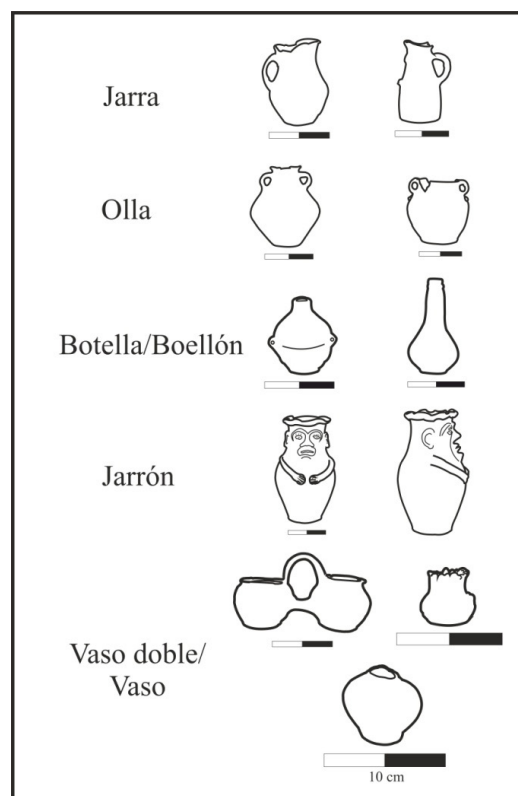


Figura 3. Categorías morfo-funcionales identificadas.

Contornos (Sheppard, 1963)	Categorías Morfofuncionales (Balfet et al., 1992)	Porcentaje
Restringida independiente 85,70%	Jarra	14,30%
	Olla	14,30%
	Botella/Botellón	35,70%
	Jarrón	14,30%
	Vaso/Vaso doble	14,30%
Restringida simple 14,30%	Vaso	7,10%
		100%

Tabla 1. Distribución de Contornos y Categorías morfo-funcionales.

Se ve una clara tendencia hacia la producción de piezas restringidas independientes por sobre restringidas dependientes. La principal diferencia entre estas dos maneras de definir los contornos estriba en la coincidencia del punto de tangencia con un punto terminal, en este caso la boca de la vasija (restringida dependiente); por lo tanto difiere entre una forma u otra la presencia de un cuello o un borde pronunciado (restringida independiente). Sin embargo se toma como dato relevante la propensión hacia la elaboración de recipientes cerrados en general. Se podría estimar entonces una función del conjunto, de objetos orientados a la contención de líquidos o de algún material sólido que requiera resguardo; o por lo menos que emulen contenedores. La presencia de otros elementos adosados a algunas de las piezas tales como asas en arco, cilíndricas o en cinta verticalmente posicionada y picos vertedores, refuerzan la idea de elaboración de una vajilla no solo contenedora, sino además de servicio. Por otro lado no se registró en la superficie de ninguna pieza restos de hollín o ceniza que den indicios de su exposición al fuego, más que manchas propias del tipo de cocción.

En relación a las dimensiones, el conjunto se compone de recipientes de pequeño y mediano tamaño, que en el mayor de los casos no superan los 30 cm de alto, con una media de 16,3 cm y una amplitud que se distribuye entre los 5,1 cm y los 27,7 cm. La diferencia es más pronunciada si se observa el diámetro (15,9 cm - 59 cm), esto se debe a la variabilidad que presentan las formas geométricas que definen el cuerpo de las vasijas: Elipsoidal vertical, Elipsoidal horizontal, Globular, Subglobular y Truncocónica. La presencia mayoritaria de objetos de pequeñas y medianas dimensiones, lleva a problematizar una posible orientación de la conducta tecnológica hacia un “minimalismo material” en el sentido literal de la palabra; o a la posibilidad de que se encuentren interviniendo otros factores en la constitución del conjunto. Es decir, se pueden tomar en cuenta otro tipo de

variables que den sentido a su configuración, por ejemplo los criterios de selección por parte del investigador al momento de conformar la colección.

Gran parte de las campañas etnográficas llevadas a cabo entre principios y mediados del siglo XX (incluso también algunas más tardías, entradas las décadas de 1980 y 1990), no solo buscaban dar cuenta de las formas de vida de los grupos del Gran Chaco a través de la descripción de sus patrones culturales, sino también buscaron generar un soporte material de estas incursiones, a través de la conformación de colecciones de objetos etnográficos. Esto lleva a pensar en la intervención subjetiva del investigador como sesgo en el criterio de selección al momento de abordar el análisis de un conjunto. Un ejemplo gráfico en el tratamiento y valoración de los materiales es el de Métraux, y su “actitud nostálgica” frente al producto del contacto interétnico en el avance de la sociedad mayoritaria en la región del Gran Chaco. El autor, percibe todo a su alrededor en términos de decadencia, degeneración, estandarización y sujeción a la demanda de nuevos actores sociales, entre los cuales hace alusión a la “...puerilidad brutal de los turistas” (Métraux, 1930: 395-396), como fenómeno que impacta sobre la producción material de grupos chiriguano (Villar, 2015). A lo que afirma: “algunos vasos de mi colección no he querido publicarlos por su forma completamente europeizada” (Métraux, 1930:388). Lejos de intentar explicar los cambios tecnológicos del contacto interétnico, el sesgo estaba puesto en dar cuenta “fehacientemente” desde una visión casi “purista” de la cultura, de lo que se podía definir como chiriguano. Este y otros tipos de factores podrían llegar a incidir en la selección del material ¿Por qué no quizá también por su fácil transportabilidad? Otro caso, es el de la producción orientada al mercado turístico mediante programas estatales de estímulo a la elaboración de artesanías indígenas, financiado por el Consejo Federal de Inversiones a finales de la década de 1960, cuyo fin apuntaba a la exposición y distribución de estos objetos en distintas partes del país (Vidal, 2020).

Otro aspecto que salta a la vista en los trabajos etnográficos del siglo XX, es el tratamiento de líquidos. Por un lado la fermentación y consumo de bebidas embriagantes, alojas y chichas de diversos frutos silvestres y por otro, la recolección, almacenamiento y transporte del agua. Dentro del repertorio de piezas identificadas en la Colección Serrano, se observan algunos recipientes, que dadas sus cualidades, como se indicó anteriormente, pueden agruparse bajo la categoría de Botella o Botellón. Un diseño que se distribuye en gran parte del Gran Chaco americano, es el icónico botijo: *'na kona* (qom); *yäte, iyo: 'te* (wichí). Una vasija cerrada de forma globular, con cuello corto de forma cilíndrica, que en ocasiones presenta una hendidura en el ecuador flanqueada por dos asas en posición vertical, por las cuales atraviesa una cuerda de fibra vegetal de chaguar/caraguatá (*Bromelia hieronymi*) o corteza de yuchán (*Ceiba chodatii*) (Von Rossen, 1903; Palavecino, 1944; Alvarsson, 2012; Montani, 2017). El botijo, varía en cuanto a morfología, dimensiones, ubicación y posición de las asas (en ocasiones carece de ellas), tipo de base (por lo general tiene una base convexa en armonía con el resto del cuerpo, pero puede presentar también base plana), largo del cuello, amplitud de la boca, ausencia o presencia de la hendidura en la zona media, etc. Sin embargo, estructuralmente mantiene una forma general. Eventualmente pueden presentar algún tipo de decoración, como en el caso de los Qom (antiguamente Tobas) del Oriente chaqueño, motivos geométricos ejecutados con resinas vegetales, pezuñas de corzuela (*Mazama gouazoubira*) y canutos de plumas de ave, sobre la superficie caliente de la pieza recién quemada (Palavecino, 1944; Vidal, 2017; Montani,

2017). Este tipo de recipiente se incluye dentro de lo que Palavecino (1944) define como “Alfarería Chaqueña”, correspondiente a grupos pertenecientes a las familias lingüísticas Mataco-mataguayo (los actuales wichí, chorote y chulupí) y Guaycurú (actuales qom, pilagá y mocoví)¹¹(Palmer, 2005) (Figura 4).

Entre las comunidades indígenas del Chaco, la tarea de recolección del agua, se trata de una actividad desempeñada principalmente por las mujeres del grupo (Nordenskiöld, 1919; Palavecino, 1944; Arenas, 2003): “En todos los casos el botijo se utiliza para el transporte del agua; las mujeres los llenan en las lagunas o en el río y echándoselo en la espalda apoyan la cuerda sobre la frente conduciéndolo hasta la vivienda” (Palavecino, 1944:235).

Dentro de esta categoría a su vez, se reconoce una variación en cuanto al tamaño y algunos aspectos morfológicos, en donde cambia la función y la posesión del objeto. El botijo de pequeñas dimensiones, se diferencia del de mayor tamaño, por constituirse como un instrumento de uso personal que suele definirse como cantimplora o caramañola: *yäte-lhas* (hijo del botijo, en wichí) y el *p’akle* (una cantimplora o caramañola de paredes achatadas). A menudo, en sus incursiones al monte, tanto hombres como mujeres recurrían al uso de estas cantimploras o caramañolas que permitían el transporte del agua frente a la eventual visita a una aldea vecina. Otro de los usos que se le daba, durante la meleada (recolección de miel, tarea exclusivamente masculina), el recipiente iba cargado con agua y volvía lleno de miel (Arenas, 2003). Sin embargo, además de la función asignable en cuanto a las características estrictamente morfo-métricas, se puede estimar para este tipo de vasija (en conjunto con una amplia gama de objetos), un importante papel en el proceso de aprendizaje de los niños y niñas a través del juego. En su observación sobre grupos chorote y nivaclé, Nordenskiöld ofrece el siguiente relato:

El niño indígena aprende la vida en el juego. Cuando la madre va en busca de agua con su hijita en brazos, la niña lleva un minúsculo cántaro similar al de su madre. Cuando la madre llena su cántaro grande de agua, también llena el de su hijita. La chica va creciendo y el cántaro también. Pronto acompaña a su madre a pie y al igual que ésta lleva su propio cántaro en la cabeza. (Nordenskiöld, 2002:60)

¹¹ Clasificación que varía históricamente en el tiempo y que incluye muchos otros grupos y parcialidades dentro de los mismos si nos expandimos hacia el Chaco Boliviano (Weenhayek) y el Chaco Paraguayo (Güisnay).

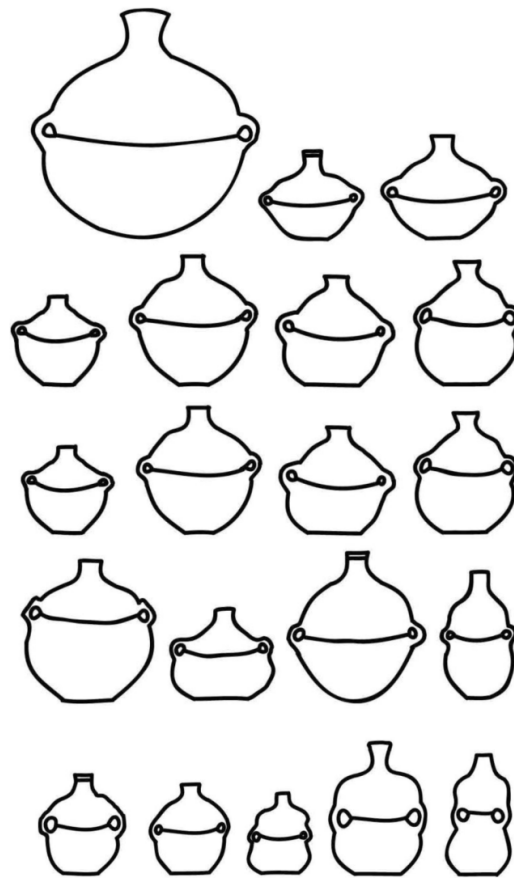


Figura 4. “Alfarería Chaqueña”, variación morfológica del botijo chaqueño (botijos toba según Palavecino, 1944, lámina III; en Vidal, 2017).

Entre las piezas de la Colección Serrano, se cuenta con un pequeño botijo de 12 cm de alto, un diámetro máximo de 30 cm, capacidad de almacenaje de aproximadamente 400 ml, base plana, sin decoración, con una hendidura en el ecuador, flanqueada por dos asas mamelonares en posición vertical y un orificio en cada una por las que cruza una cuerda de fibra vegetal (Figura 5a). El origen de procedencia corresponde a Fortín Belgrano, que como se dijo anteriormente, puede remitir a la localidad emplazada en la provincia de Chaco o en Salta, tanto en la margen sur como en la margen norte del río Bermejo. Sin embargo, en ambos casos, habitan actualmente allí, mayoritariamente comunidades wichí. En algunos mapas recopilados, Métraux (1946) logra registrar para la primera mitad del siglo XX, una amplia ocupación del área por parte de estos grupos, categorizados por el autor como maticos.

Se observan en la colección, algunas piezas que se condicen estructuralmente con este botijo, a pesar de presentar características que las diferencian. La forma globular o subglobular las emparenta, al igual que la presencia del par de asas, pero fundamentalmente un punto en común es el cuello relativamente estrecho. Son estas características, las que generan un primer agrupamiento bajo la categoría morfo-funcional de Botella/Botellón (Figura 5).

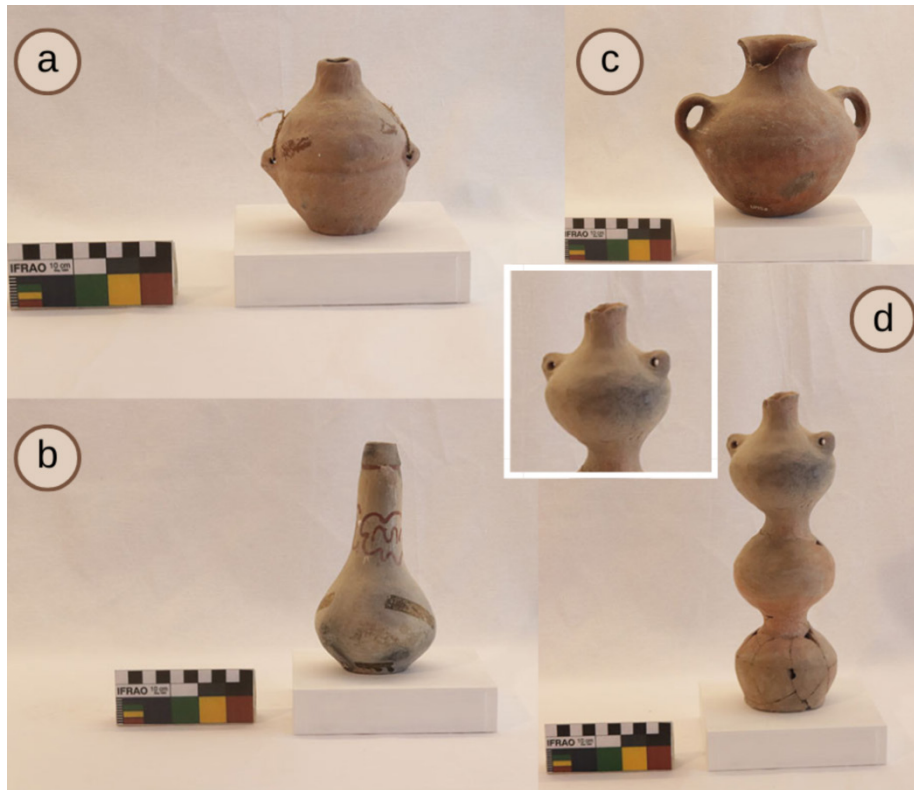


Figura 5. a) Botijo pequeño, procedencia Fortín Belgrano b) Botella subglobular, cuello cilíndrico, decoración rojo sobre blanco, procedencia Fortín Belgrano c) Botellón suglobular, borde evertido, sin datos de procedencia. d) Botella de tres cuerpos subglobulares y cuello cilíndrico, sin datos de procedencia.

El aspecto decorativo, permitió establecer otro tipo de vínculos, fundamentalmente la ejecución de ciertas técnicas y el tratamiento de superficie. En este último punto, se debe aclarar que acabados como el pulido o el engobe, pueden desempeñar un papel funcional (por ejemplo al reducir la porosidad de la pasta e incrementar la impermeabilidad) pero también generar efectos estéticos sobre el soporte cerámico (Roux, 1994; García Roselló y Calvo Trías, 2013). Entre las técnicas observadas, se identificó la decoración mediante aplicación de pintura, puntualmente colores blanco; rojo y negro sobre una base de baño o engobe ante y rojo sobre un engobe blanco. Aquí los motivos representados fueron puntos, líneas onduladas, líneas rectas, líneas quebradas, grecas y filas de triángulos ejecutados algunos sobre aplicaciones de pastillaje y en forma de guardas. Otra técnica fue por aplicación de materia, a través del modelado al pastillaje, que en combinación con la realización de incisiones (desplazamiento de materia), se representaron partes del cuerpo humano (ojos, nariz, mentón, cabello, orejas, brazos y manos) donde a su vez, se observó un aprovechamiento de la silueta de la vasija para emular una figura humana. Por otro lado la aplicación de pintura, en los colores rojo y negro sobre base ante combinados con una superficie pulida permitió hacer la segunda asociación. Si bien aquí se observan morfologías diferentes, la combinación de ambas variables permite establecer una posible vinculación. El conjunto que conjuga decoración con pintura roja y negra sobre ante y superficie pulida, se asemeja a formas de hacer propias de lo que la etnografía clásica

de principios del siglo XX define como “Cerámica Chiriguana” (Figura 6). Entre las características decorativas, para el análisis de una colección conformada en el Piedemonte andino boliviano, Outes menciona:

La ornamentación mono o policroma de las paredes de las alfarerías...La materia prima que utilizan los indígenas para realizarla, tiene, casi siempre, un origen mineral: arcillas u ocre rojos, blancos y aun pardos...Un grupo bastante numeroso, comprende vasos pintados de blanco y, sobre dicho fondo, elementos decorativos negros, pardo-oscuros o conjuntamente negros y rojos. (Outes, 1909:130-131)

A su vez, el autor enumera algunos de los motivos esbozados, en donde destaca combinaciones de líneas quebradas y rectas, meandros, elementos geométricos, grupos de puntos en cantidad variable, *chevrons* (líneas de triángulos), motivos espiralados y representaciones zoomorfas.



Figura 6. Aspectos decorativos de la Cerámica “Chiriguana”, según Outes (1909).

Por su parte Nordenskiöld identifica algunos aspectos comparables con los chané del río Itiyuro en Argentina:

“Las vasijas más finas posteriormente [a su levantado y secado, previo a la cocción] se pintan con un pincel de agutí, con los colores blanco, café oscuro o negro... En el supuesto caso que se quiera pintar la loza se barnizará con una resina de mimosa que ellos llaman *taravirutí* mezclada con palo santo. La primera da un brillo amarillento y la segunda un vidriado verde negruzco... Pocas representaciones plásticas de figuras de hombres y otras imágenes se observan entre estos, aunque las vasijas tengan a veces formas de animales.” (Nordenskiöld, 2002:147-148).

Al respecto del tratamiento de superficie, en relación a la referencia que hace Nordenskiöld sobre el uso de resinas, se suma lo que menciona Serrano retomando a Métraux. Por un lado la impermeabilización de la superficie de las vasijas a través de un pulimento en húmedo, lo que genera un falso engobe de color blanco amarillento; y por otro el empleo de resina de palo santo con el fin de obtener un efecto barniz (Serrano, 1976).

Se registra entonces para principios y mediados del siglo XX algunas características asimilables en el conjunto aquí analizado. Como se vio, estos modos de hacer se pudieron ir documentando a lo largo del borde occidental del Chaco semiárido, al límite con la ceja de selva pedemontana, tanto del lado boliviano como argentino; motivo que llevó a Métraux, a reconocer tres grandes regiones estilísticamente diferenciadas dentro del territorio chiriguano. Esta segmentación, dejaría entrever matices étnicos e incluso regionales: los “estilos” o “escuelas” del Pilcomayo, del Valle de Igümbe y la meridional de Ivo, Macharetí y los chané del río Itiyuro (Métraux, 1930; Serrano, 1976; Villar, 2015).

Pertenecientes a la rama mojo-baure de familia lingüística Arawak, los chané se establecieron en el Gran Chaco, tras migrar hacia el sur desde las llanuras amazónicas. A partir de los siglos XVI y XVII, fueron sometidos por grupos Tupí-guaraní provenientes del oriente. Este panorama generó un proceso de contacto interétnico complejo, por medio del cual se gestó la sociedad que la literatura etnográfica conocería como chiriguana. La relación de servidumbre que vio a los guaraníes como amos, abrió paso a un conjunto de imposiciones y préstamos culturales mutuos que dieron lugar a la diferenciación con respecto a los grupos guaraníes asentados en la cuenca del río Paraná-Paraguay. Desde la etnografía clásica, se habla tanto de una “guaranización” de los chané, como de una “chaneización” o “arawakización” de los guaraníes (Villar, 2015). Este fenómeno se puede observar en la producción cerámica. Originalmente, eran las mujeres quienes se encargaban de la elaboración de recipientes. Parte de la conquista guaraní vino acompañada del establecimiento de lazos matrimoniales con mujeres chané (Villar, 2007), vínculo que trajo aparejado un proceso de transmisión generacional de conocimientos asociados a algunos modos de hacer implicados en la tecnología cerámica.

De las piezas con información de procedencia, correspondientes a la Colección Serrano (como se mencionó líneas arriba), se cuenta con un vaso doble unido por un segmento cilíndrico y un asa arco-cinta en posición puente, decoración en negro y rojo sobre base ante, correspondiente al municipio de Aguaray, departamento San Martín, al norte de la provincia de Salta (Figura 7c). En contigüidad a esta localidad se encuentra emplazada la Misión Tuyunti; fundada en el año 1946 por los franciscanos, es una de las cuatro comunidades chané de Salta, junto a Campo Durán, Ikira y Algarrobal (Morando, 2015). A partir de sus cualidades formales y su procedencia, en asociación

con la información de las etnografías abordadas, se puede proponer una posible filiación chané de este objeto, lo cual permite realizar un acercamiento y comparación con el resto de los materiales de la colección, en base a la asociación de las características decorativas definidas (Figura 7).



Figura 7. a) Jarrón con decoración mediante aplicación y desplazamiento de materia, motivo antropomorfo, sin datos de procedencia. b) Jarra con decoración pintada sobre baño ante, aplicación y desplazamiento de materia, motivo antropomorfo, sin datos de procedencia. c) Vasija doble con decoración pintada sobre baño ante, representación de puntos, líneas quebradas, grecas y fila de triángulos, procedencia Aguaray, Salta.

Se logró identificar también algunas diferencias entre piezas antropomorfas, con respecto a la forma de modelar las partes del cuerpo representadas. El caso del jarrón de la figura 7a, permite entender esto. Se observa aquí la exacerbación de rasgos faciales, tales como arcos superciliares pronunciados, orejas grandes, nariz de gran tamaño en forma respingada, boca amplia y un marcado mentón. Se ve, en comparación con la jarra de la figura 7b, una desproporción marcada en la distribución de los rasgos. La posición y forma de los brazos también presentan diferencias, más en dirección oblicua en el primer caso y horizontal en el segundo. Estas características quizá puedan entenderse en términos de subjetividad propia del alfarero que confecciona la vasija, sin embargo también ofrece elementos comparables entre piezas, si se los toma como modos de interpretar el cuerpo humano y de representarlo sobre un soporte físico (lo que sería el estilo para Hodder

[1990]). Esta exacerbación de rasgos faciales en la producción de vasijas antropomorfas, son asimilables a modos de hacer la cerámica wichí actual, característica que se suma al tipo de acabado de superficie (alisado y en ocasiones pulido, sin presencia de engobes o baños), cocción en atmósfera oxidante con presencia de manchas negruzcas propias de una cochura desapareja, morfologías troncocónicas, subgloulares, etc.

Reflexiones Finales

De esta manera, los criterios que se tomaron en cuenta de la totalidad de variables para establecer asociaciones dentro del conjunto abordado, permitieron detectar formas de agrupamiento diferencial. Por un lado fueron los criterios morfológicos y funcionales, los que dieron lugar al reconocimiento de características posiblemente asignables a la categoría de “Alfarería Chaqueña” definida por Palavecino (1944), de grupos pertenecientes a las familias lingüísticas Mataco-mataguayo y Guaycurú del Chaco semiárido: piezas de contorno restringido independiente, pertenecientes a la categoría de Botella/Botellón. Se comprende algunos casos en los que ciertas formas, no se condicen totalmente con lo que propone el autor en su clasificación, sin embargo, la segmentación de las piezas en base, cuerpo y cuello, permitió establecer algunos vínculos al momento de elaborar asociaciones con respecto a una estructura general de la pieza.

Por otro lado, la identificación de características decorativas, tanto las técnicas empleadas, motivos, combinaciones de colores y tratamientos de superficie, permitió definir el segundo grupo. Un tipo de representación más proporcionada de las partes del cuerpo humano, el uso de decoración pintada y una superficie pulida, podría resultar asignable a los modos de hacer propios de grupos chané, pertenecientes al estilo o escuela de la cuenca del río Itiyuro, dentro del complejo que la etnografía clásica define como “Cerámica Chiriguana” del occidente del Chaco semiárido, al límite con la ceja de selva pedemontana (Outes, 1909; Métraux, 1930).

Así, se considera que en el conjunto cerámico etnográfico de la Colección Serrano, se expresan al menos dos modos de hacer claramente diferenciados. Si bien en muchos casos coinciden geográfica y temporalmente, o se hace referencia a la vinculación e interacción entre grupos de las familias lingüísticas Mataco-mataguayo, Guaycurú y Arawak/Tupiguaraní, se reflejan formas de construir la identidad étnica de modo distinto. Esto da lugar a pensar la potencialidad que tienen estos tipos de análisis, donde el abordaje de la materialidad, en conjunto con otro tipo de soportes, como los documentos etnográficos, aportan herramientas al esfuerzo por acercarnos a los contextos de producción, uso y significación de la cultura material; sobre todo en los casos donde la información de procedencia es poca o nula.

Se piensa a futuro, seguir con el registro de cerámica etnográfica del Gran Chaco americano, profundizando el aspecto tecnológico a través del análisis de técnicas de modelado a mano de las piezas, a partir del registro de marcas de manufactura (García Roselló y Calvo Trías, 2013; Gramajo Bühler y García Roselló, 2020). De esta manera, se pretende evaluar de qué forma se distribuye y responde la variable tecnológica en relación a las dimensiones morfológica y decorativa, con el fin de contrastar este primer procesamiento de datos y reforzar el proceso de identificación de las piezas. Salvando los

vacios de información y teniendo en cuenta el carácter acotado de la muestra analizada, se podría decir que el resultado fue de grano fino para los casos en los que se pudo asociar piezas con posibles elementos propios de la producción de “Cerámica Chiriguana”, puntualmente de grupos chané. Mientras que para los casos en los que se detectaron cualidades asemejables a lo que la etnografía clásica define como “Alfarería Chaqueña”, el resultado fue de grano grueso. Por lo tanto, se estima que se podría ahondar el análisis a partir de la incorporación de nuevas piezas, por intermedio del abordaje de nuevas colecciones. Por último cabe destacar, que el dato etnográfico, si bien se lo toma desde un punto de vista heurístico, arroja información detallada, que brinda un marco para comprender el contexto sociohistórico que subyace la materialidad.

Agradecimientos

Este primer análisis sobre el conjunto etnográfico de la colección Antonio Serrano de la UNSa, se llevó a cabo gracias al apoyo del Consejo Interuniversitario Nacional (Becas EVC), el Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta (CIUNSa), el Museo de Antropología de Salta “Juan M. Leguizamón”, el proyecto CIUNSa “Colección Antonio Serrano de la Universidad Nacional de Salta. Análisis de estrategias tecnológicas y gestión de datos arqueológicos”; y fundamentalmente al acompañamiento del equipo Tecnororiginaria, Proyecto Cafayate, Dra. Rossana Ledesma, Lic. Jimena Villarroel, Lic. Valentina Torres López, Lic. Rodrigo Cardozo, Lic. Florencia Ganam Campos, CU Carlos Flores y Micaela Carabajal.

Bibliografía

- 1ª Convención Nacional de Antropología (1966). *Publicaciones*. Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba.
- Alvarsson, J. (2012). *Etnografía ´weenhayek Volumen 3: Belleza y utilidad – La cultura material*. Uppsala: Universidad de Uppsala/FI`WEN.
- Ambrosetti, J. (1896-1898). Notas de arqueología calchaquí. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo XVII al XIX*.
- Ambrosetti, J. (1903). Los pucos pintados de rojo sobre fondo blanco del valle de Yocavil. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, Serie III, tomo II*.
- Ambrosetti, J. (1906). Exploraciones arqueológicas en Pampa Grande (Provincia de Salta). *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letra, N°1*.
- Arenas, P. (2003). *Etnografía y Alimentación entre los Toba-Nachilamole#ek y Wichi-Lhuku`tas del Chaco Central (Argentina)*. Buenos Aires: el autor.

- Baldrich, A. (1890). *Las comarcas vírgenes. El Chaco central norte*. La Plata: Jacobo Pauser.
- Balfet, H.; Fauvet, M.; y Monzón, S. (1992). *Normas para la descripción de vasijas cerámicas*. México: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos.
- Boman, E. y Greslebin, H. (1923). Alfarería de estilo draconiano de la región diaguita. *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Tomo II, año 2 (17-18), 314-376*.
- Cardozo, R. (2023). Nuevos aportes a la interpretación de la cerámica santamariana valle arriba (Salta, Argentina). *La Zaranda de ideas, Vol. 20, (2), 30-47*.
- Cigliano, E. (1960), Investigaciones Arqueológicas en el Valle de Santa María. *Publicación 4. Instituto de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras*.
- Cigliano, E. (1966). Contribución a los Fechados Radiocarbonicos Argentinos. *Revista del Museo de La Plata (N. S.) Sección Antropología 6, 1-16*.
- Debenedetti, S. (1931). L'ancienne civilisation des barreaux du norouest argentine. *Ars Americana 2*.
- Dillineus, J. (1909). Observaciones arqueológicas sobre la alfarería de la Poma (Valle Calchaquí, Salta). *Revista de la Universidad, tomo XI, 67-86 y -133-152*.
- García Roselló, J. & Calvo Trias, M. (2013). *Making Pots. El modelado de la cerámica a mano y su potencial interpretativo*. Catalunya: BAR INTERNATIONAL SERIES 2540.
- González, A. (1950). Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. argentino: (nota preliminar). *Anales de Arqueología y Etnología, A.U. de Cuyo, Tomo XI*.
- González, A. (1956). La cultura condorhuasi del noroeste argentino (apuntes para su estudio). *Runa VII, 37-85*.
- González, A. (1957). *Algunos ceramios excepcionales del N. O. argentino*. Ed. Instituto de Antropología.
- González, A. (1960). Nuevas fechas de la cronología argentina por el método de radiocarbono. *Revista del Instituto de Antropología, II - III, 304-331*.
- González, A. (1965). La cultura aguada del N.O. argentino. *Revista del Instituto de Antropología, tomo II, 205-253*.
- Gramajo Bühler, C. Y García Roselló, J. (2020). Aproximaciones Traceológicas a la Cerámica del Primer Milenio d.C. de Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán, Argentina). *Revista del Museo de Antropología 13 (2): 349-358*.

- Hodder, I. (1990). Style as Historical Quality. *Margaret Wright Conkey y Christine Ann Hastorf eds. The uses of Style in Archaeology*: 44-51.
- Iucci, E.; Balesta, B.; Wyndveldt, F.; y Zagorodny, N. (2020). Aportes del estudio del soporte documental y el material cerámico de la Colección Benjamin Muniz Barreto del Museo de La Plata a la arqueología del Valle de Hualfin. *Revista del Museo de La Plata* 5 (1): 358-382.
- Lafone Quevedo, S. (1908). Tipos de Alfarería de la Región Diaguita-Calchaquí. *Revista del museo de La Plata* 15, 295-396.
- Lemonnier, P. (1989). Towards an anthropology of technology. *Man* 24: 526-527.
- Lemonnier, P. (1992). *Elements for an anthropology of technology*. Michigan: Regents of the University of Michigan.
- Lemonnier, P. (1993). *Tecnological Choices. Transformation in material cultures since the Neolithic*. New York: Routledge.
- Mamani, M. (2007). Estudio de un conjunto de artefactos depositados en el Museo de Antropología de Salta. Análisis de la colección Vittone. Tesis de grado no publicada. Universidad Nacional de Salta, Salta, Argentina.
- Mamani, M. y Castellanos, C. (2020). Cerámica del formativo del Valle de Lerma. Las representaciones plásticas en el sitio Puesto de Sumalao, Salta (Argentina). *Cuaderno del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano – Series especiales, Vol. 8 N°2*: 90-106.
- Métraux, A. (1929). Alfarería de los indios Chiriguano. *Ensayos. Ideas, crítica y literatura* 2:1-3.
- Métraux, A. (1930). Études sur la civilisation des indiens Chiriguano. *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán N° 1*: 295-493.
- Métraux, A. (1946). Ethnography of the Chaco. En Steward, J., *Handbook of South American Indians* (197-370). Washington: Smithsonian Institution.
- Montani, R. (2017). *El mundo de las cosas entre los wichís del Gran Chaco. Un estudio etnolingüístico*. Colección “Scripta autochtona” 17. Cochabamba: Itinerarios.
- Morando, M. (2015). Bilingüismo y organización social en la comunidad chané de Tuyunti (departamento General San Martín, provincia de Salta). *Suplemento antropológico* 50 (2): 237-223.
- Nordenskiöld, E. (2002). *La vida de los indios: El Gran Chaco (Sudamérica)*. La Paz: APCOB.

- Outes, F. (1909). La Cerámica Chiriguana. *Revista del Museo de la Plata*, XVI 3: 121-136.
- Palavecino, E. (1944). Alfarería Chaqueña. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*; tomo 4: 232-235.
- Paucke, F. (2010). *Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios mocobíes (1749-1676)*. Santa Fe: Ministerio de Cultura de la Provincia de Santa Fe.
- Ríos, S. (2017). La Arqueología en la Universidad Nacional de Salta. Muestra digital TECNORIGINARIA, Saberes y artesanías de los pueblos originarios, Colección Serrano. <http://tecnoriginaria.unsa.edu.ar/index.php/la-arqueologia-en-la-unsa.html>.
- Roux, V. (1994). La technique du tornage: définition et reconnaissance per les macrotraces. XV e Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Historie d'Antibes. *Terre Cuite et Société. La céramique, document, technique, économique, culturel*: 45-58.
- Sackett, J. (1977). The Meaning of Style in Archaeology: A general Model. *American Antiquity*. Vol. 42, N° 3, Essays on Archaeological Problems: 369-380.
- Scattolin, M. (2007). Estilos como recursos en el noroeste argentino. *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino: la vivienda, la comunidad y el territorio* 1: 291-231.
- Schobinger, J. (1983). Algunas Observaciones terminológicas sobre la prehistoria americana. *Anales de Arqueología y Etnología*, N° 38-40, 7-28.
- Serrano, A. (1958). *Manual de Cerámica Indígena*. Córdoba: Assandri.
- Sheppard, A. (1963). *Ceramics for the archaeologist*. Washington: Carnegie Institution of Washington.
- Vidal, A. (2017). Territorios ancestrales y alfarería ausente. La cerámica del pueblo qom (Gran Chaco, Argentina). *Complutum*, 28 (2): 359-377.
- Vidal, A. (2020). Del botijo a la lechuza. La cerámica qom en el último siglo. *Arqueología* 26 (1):127-147.
- Villar, D. (2007). Religiones omnívoras: el chamanismo chané y las relaciones interétnicas. *Anthropologica Año XXV*, 25: 157-170.
- Villar, D. (2015). Cultura material y cambio: Alfred Métraux entre los chiriguanos. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano - Series Especiales*. 2 Vol. 3 p. 177-188.

Von Rossen, E. (1903). *Ethnographical research work. During the Swedish Chaco-Cordillera-Expedition 1901-1902*. Stockholm: A. Bonniers Boktryckeri: sold by C.E. Fritze, Stockholm.

Figuras

Figura 1 (Miniatura). Fundación Vida Silvestre Argentina. <https://granchaco.vidasilvestre.org.ar/>

Figura 4. Vidal, A. (2017). Territorios ancestrales y alfarería ausente. La cerámica del pueblo qom (Gran Chaco, Argentina). *Complutum*, 28 (2): 359-377.

Figuras 5 y 7. *Muestra digital TECNORIGINARIA, Saberes y artesanías de los pueblos originarios, Colección Serrano*. <http://tecnoriginaria.unsa.edu.ar/index.php/la-arqueologia-en-la-unsas.html>.

Figura 6. OUTES, F. (1909). La Cerámica Chiriguana. En *Revista del Museo de la Plata*, XVI 3: 121-136.